

# De afantasmados y otros desaparecidos

Mónica Lavín

Un lector/lectora de cuentos se siente retribuido/a cuando puede abrir la puerta (la portada de una colección de ellos) y poner un pie en un territorio donde quizás hubiera caído, quién sabe cuándo, por qué azares, a qué hora. Vladimiro Rivas aceleró el encuentro con su nuevo libro, *Visita íntima*, y me dio el placer casi perverso (como diría Cortázar de aquel lector en “Continuidad de los parques”) “de desgajarme línea a línea” en sus historias, en este conjunto de veintiún cuentos que habitan *Visita íntima* y que ahora me habitan a mí. ¿Cómo se vive la lectura de un libro de cuentos? Una novela es una compañía prolongada, esperamos de ella una acumulación progresiva de asombros por la trama y el desarrollo del personaje. No le pedimos que nos zarandee desde la primera línea ni que nos sorprenda con estrategias narrativas diversas; no esperamos el mismo tono, la misma anécdota, la misma voz en un libro de cuentos distintos. Allí pedimos al autor una muestra de sus destrezas para apresar en palabras lo que la mirada y la sensibilidad han editado de la realidad, o como realidad.

Entramos a un libro de cuentos desprevénidos, porque no hay contraportada que pueda resumir ni prever lo que habrá de ocurrir con el lector. Como lectora de cuentos quiero entrar en cada universo de los que pueblan un libro, con la naturalidad de quien va caminando por la calle y es sorprendido por una situación, cartel, persona inesperados. Y quiero que cada uno de sus mundos revele lo necesario para que la epifanía joyceana ocurra, para que la emoción del más allá del cuento palpite viva y provocadora en cada historia. Quiero que los mundos que habitan un mismo mundo —propuesta del autor que reúne

sus cuentos— me cautiven. Que las frases, las imágenes, el uso del lenguaje con el que se construye el suceso me emocionen no sólo por la adrenalina de su desarrollo sino por la estética misma del fraseo, de la eclosión de las imágenes puestas con las palabras del autor, que la emoción estética me invada, que el libro me tome para sí, que unos cuentos me resulten inolvidables. Y todo ello, me ha ocurrido, tras las puertas de *Visita íntima* de Vladimiro Rivas. No sólo por lo versátil de los mundos y las maneras de abordarlos, relatos en lo contemporáneo donde la realidad deja escapar el hedor de lo insólito, de lo inexplicable; donde lo sobrenatural y lo real se desmarcan sin bordes precisos, donde la realidad es un puñetazo en el estómago, donde no se sabe cuál es la pesadilla, si la del sueño o la de la vida, sino por su prosa precisa y eficaz. Vladimiro Rivas no es un escritor predecible, sus cuentos son asombros que se acumulan para deleite de esta su lectora agradecida.

Siempre me ha llamado la atención el proceso de nombrar un libro de cuentos. Yo misma me he visto en esa encrucijada. Se puede elegir un genérico como *Cuentos de amor y locura*, *Narraciones extraordinarias*, pensando en las colecciones de Quiruga y Poe. Pero no fueron ellos quienes bautizaron a sus libros, que crecieron como casi todo libro de cuentos, de publicaciones aisladas en medios impresos (proeza difícil de realizar estos días en nuestro país). Se dice que fue Faulkner quien inauguró la publicación de colecciones de cuentos, habiendo logrado el entusiasmo de sus lectores, en revistas como el *New Yorker*, *Harper's Bazaar*, entre otras que concedían un espacio a la ficción breve. Borges nombró a uno de sus libros como un cuento, *El Aleph*, y a otro lo llamó con un genérico: *Ficciones*. Es

común, por otro lado, que se elija el nombre de uno de los cuentos para nombrar al volumen que reúne a varios. Recuerdo con entusiasmo el prólogo que escribió Mary Lavin, autora irlandesa, tocaya de apellido cuyos libros generosamente Hernán Lara Zavala puso en mis manos. Para su reunión de cuentos selectos, decidió incluir uno de cada uno de sus libros: el que daba título al volumen. Porque de alguna manera reconocía que al haberlos elegido para nombrarlos había destacado y que ahora esos destacados cuentos conformaban un volumen de quizá lo más representativo de su escritura (concepto un tanto forzado). Un criterio al fin. Una manera de agrupar. Por eso cuando me acerco a *Visita íntima*, pienso que la elección de este título, que corresponde a uno de los cuentos, ofrece una clave que quiero desentrañar. Un algo que permite que los cuentos que habitan el volumen se sientan cómodos y a sus anchas con esa tarjeta de presentación.

En primer lugar, *Visita íntima* alude al proceso de lectura de los cuentos. Visitar el libro es siempre un acto íntimo, sobre todo cuando hablamos de cuento, cuando sabemos que entre el autor y el lector, vía el texto, se establece una complicidad de susurros, un entendimiento de nuestra labor de buzos literarios. Queremos ver los siete octavos hemingwayanos de la materia helada que flota como evidencia de un mundo mucho más ancho (y profundo). Pero “Visita íntima” es también un cuento perturbador y original. Un cuento donde la soledad de una joven la hace caer en la trampa de sus ilusiones. Las visitas carcelarias construyen un territorio de la felicidad que acabará con la liberación del recluso. El encierro, afortunado símil o paradoja, es la premisa para el amor. Con las palabras

justas, con la certeza de que un asunto como éste puede ocurrir en los azares urbanos, “Visita íntima” duele por los alcances de la crueldad, nunca más evidente que en la sutileza de las acciones. Ha escogido Vladimiro este cuento narrado desde el punto de vista de la protagonista, el primero de dos de la colección con un punto de vista femenino. Una madre, un hijo y una muchacha desarraigada forman el triángulo donde los afanes de una serán usados para los fines de otros. Al escoger como título este cuento, Rivas ha puesto el acento en el desconcierto, en la pesadilla, en los mundos que traicionan la inocencia: en la perversidad. De alguna manera hay una línea que parece hilvanar los textos del libro donde la soledad es la cárcel de la que difícilmente pueden escapar los personajes. Allí está el amor y sus dos caras cuando en “Mozart, K. 1-5”, el niño cuenta al señor Salme la historia de un baile con una niña y se pregunta si habrá sido “lo que ahora llaman amor”:

¿Algo breve y valiente y bello que ocurre en el baile de máscaras o algo feo y capaz de dejarnos el corazón estafado?

Advierto que si bien el tema de los desarraigados y las soledades amorosas aparece en éstos y otros cuentos como “La Puda”, en el que Leandro acude para filmar una historia de amor trágico donde atestiguará el desamor de sus huéspedes, también está el tema de lo insólito, de lo inexplicable, de ese sutil terror ante presencias que se afantasmán. Parafraseando al autor, es la otra cara de la moneda de los textos. Estas visitas íntimas resultan llamadas desde un espejo donde la muerte o lo desconocido acechan. Pienso en cuentos como “El apátrida”, al que le corre Kafka o Arreola por las venas, con sus estaciones de trenes que se repiten como una pesadilla, en las mujeres de las que el hombre huye y que finalmente muestran la misma mueca de cansancio a lo largo del tiempo. No hay salida del desgaste. Pareciera que pesadilla y realidad se juntan en aquella mueca.

... cuando una mañana despertó luego de sufrir la pesadilla del tren, vio con horror que Alicia repetía (imitaba) el gesto de cansancio que alguna vez, visible en el rostro

de su mujer, hizo germinar en él la idea de abandonarla, no por ella, sino por el gesto que estaba dibujando en su propio rostro.

O aquél en que el inquilino del *troisième* puede seguir la vida de su vecino del *quatrième* por los pasos que escucha, incluso hasta llegar a imitarlos. Aquí curiosamente se repite una obsesión de los personajes de Vladimiro Rivas: la imitación, como si nada original existiera, como si la repetición de actos traslapados fuera una clave para leer el sentido de la existencia misma; aunque el final de este cuento perturbará la idea de imitación que se ha formado no sólo el personaje sino el propio lector, que temerá los alcances de la imaginación, o de lo insólito.

O mejor, el que cierra el volumen, donde el personaje lleva el nombre del autor y busca a la antóloga búlgara, Reni Marchevska, donde el propio Felipe Garrido afirma la imposibilidad de encontrarla y Héctor Perea da una pista de su destino. Un cuento documento, con tintes borgeanos y austrianos que resulta un guiño con la realidad en esta enjundiosa reunión de cuentos, donde el humor también tiene cabida.

En el cuento que abre el libro, “La caída y la noche”, el protagonista tendrá la misión de encontrar a un ecuatoriano (Vladimiro Rivas nació en Quito y vive en México desde 1973), pues su padre está muriendo y quiere volver a verlo, a la par que se enfrenta a la responsabilidad y la culpa cuando su pequeño resbala de sus brazos un día. Este cuento largo parece conjugar las dos vetas que exploran los cuentos de Rivas: la vida como pesadilla, la oscuridad como un territorio que es necesario aceptar. El epígrafe de Rimbaud que precede al cuento funcionaría bien para el espíritu de muchos de los cuentos de *Visita íntima: Je est un autre*. Este cuento overture del libro sobre la paternidad y su fractura, esta evocación rulfiana matasellos de la tradición literaria mexicana, recoge y acuerpa la mirada sobre el origen y augura la buena fortuna del libro de cuentos donde el lector, como debe suceder, no saldrá indemne. ¿Quién puede hacerlo después de una visita íntima? **U**

Vladimiro Rivas, *Visita íntima*, Terracota / UAM Azcapotzalco, México, 2011, 222 pp.

